

REFLEXIONES.

Las que hasta aquí tenia por felicidades, ya comienzo á mirarlas como desgracias, por amor de Jesucristo: *Quæ mihi fuerunt lucra, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta.* Solo por una pura ilusion, solo por error podemos juzgar dignos de nuestra estimacion los bienes criados; el capricho del entendimiento humano, la estravagancia de nuestro gusto, una ciega preocupacion puede únicamente darlos algun precio. La medida de su justo valor es la opinion, y esta crece ó mengua con la pasion. Las tierras, las posesiones, los empleos, que son el objeto de nuestra ambicion, podemos decir que no los gozamos mas que por via de empréstito; somos á lo sumo unos meros arrendatarios ó administradores, que dentro de pocos dias hemos de dar estrecha cuenta de todo lo que se nos ha entregado. ¿Pero qué virtud tienen los bienes del mundo para hacer á un hombre feliz? Nacen con ellos las espinas. ¿Qué gran fortuna hay sin grandes inquietudes? Toda replecion es enfermedad; no son los mas tranquilos los empleos mas elevados. Es muy raro el manjar dulce que presto no se convierta en cólera. Desengañémonos, que la tierra en que vivimos solo produce frutos amargos, agrios y silvestres. ¿Cuándo se ha hallado un corazon que se dé por satisfecho aun en medio de la abundancia? ¿Y qué abundancia se encuentra en este mundo sin amarguras y disgustos? Y con todo eso, esto es lo que se llama dicha, felicidad, fortuna y objeto de envidia. El hombre material y terrestre, fácilmente se deja deslumbrar de estas falsas brillanteces; pero un entendimiento ilustrado con las luces de la fe, ¿es posible que ha de tener por gran fortuna esos oropeles, esos fantasmones de felicidad, esos surtideros de cuidados, esos estorbos de nuestra salvacion! ¡Qué fortuna puede ser, buen Dios, estar espuestos en esas eminencias á tantas tempestades, á tantos furiosos vientos! ¡qué fortuna no dar paso que no sea un precipicio; caminar por entre espinas, que punzan, que penetran, que despedazan; andar oprimidos con cargas que sufocan! ¡qué fortuna no brillar, no sobresalir sino para estar mas descubierto á los tiros del enemigo, para que haga mejor la punteria al que se distingue mas entre la muchedumbre! ¡qué fortuna, en fin, respirar siempre un aire inficionado, vivir mas atolondrado que los otros, porque está mas cerca del ruido; estar espuestos á tentaciones mas violentas, á riesgos mas peligrosos, á naufragio mas seguro! No; no tengamos envidia á los dichosos del siglo; algun

dia darán motivo á su llanto esas sus soñadas é imaginarias felicidades; en la hora de la muerte ellos mismos las calificarán de verdaderas desdichas. ¡Oh, qué cosa tan triste es comenzar tan tarde á tener juicio, á conocer las cosas como son, y no como parecen! Dichoso aquel que no espera á que la muerte le quite las cataratas de los ojos para percibir distintamente la vanidad, y ninguna sustancia de lo que deslumbra y de lo que encanta. Todo lo que se llama felicidad en el mundo, solo es bueno para servir de víctimas á muchos sacrificios. Dichoso el que á imitacion de S. Pablo lo deja todo por ganar á Jesucristo.

El Evangelio es del cap. 12 de S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discipulos: No temais, pequeña grey, porque el Padre ha tenido á bien daros el reino. Vended lo que teneis, y dad limosna. Haced bolsillos que no envejecen, un tesoro en los cielos que no mengua, adonde no llega el ladron, ni la polilla le roe. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará tambien vuestro corazon.

MEDITACION.

De la humildad cristiana.

PUNTO PRIMERO.—Considera que la humildad cristiana es la virtud de las almas grandes, de los genios sublimes, de los entendimientos de primera clase, iluminados con las mas vivas luces de la fe. Es grande error confundir esta noble virtud con la pusilanimidad de las almas apocadas. No es la humildad cristiana aquella oscura y cobarde ociosidad de un corazon insulso, de una razon medio apagada; es un conocimiento vivo, una persuasion efectiva y práctica de su propia miseria y de su nada, que inspira dictámenes y resoluciones correspondientes á esta clara luz, que dicta un verdadero desprecio de sí mismo, una respetuosa y tierna confianza en el Señor.

No hay cosa mas razonable, no hay cosa mas noble que este bajo concepto de sí propio; porque no la hay mas verdadera. Es menester entendimiento para conocer y confesar que un hombre está lleno de defectos y falto de todo mérito. Los entendimientos limitados y vulgares solamente admiran lo que tienen dentro de sí, como aquellos infelices groseros aldeanos que nunca vieron mas que lo que hay en sus aldeas. Mas cuando la gracia, por decirlo así, cultiva y perfecciona aquel corazon y aquel en-

tendimiento; cuando á favor de las luces sobrenaturales registra uno lo que es, y lo que puede ser; cuando descubre aquel monton de culpas, aquel hondo sin suelo de miserias, aquella propension natural á lo malo, aquella debilidad, aquella flaqueza para todo lo bueno; ¡como puede dejar de mirarse á sí mismo con el último desprecio! ¡como puede sufrir que le alaben sin caérsele la cara de vergüenza! ¿no es cortedad, no es falta de entendimiento, no es especie de locura engreirnos de que nos tengan por lo que no somos, y sentir que nos conozcan por lo que valemos? ¿y no este el verdadero carácter del orgullo? La humildad, por el contrario, gusta mucho de que nadie se engañe á nuestra cuenta; ¿qué cosa mas puesta en razon? El que desea ser estimado, en ese mismo deseo acredita lo poco que lo merece: ¿qué mayor injusticia que exigir del público un tributo que no se nos debe?

Quid habes quod non accepisti? dice el Apóstol (1. Corinth. 4.): ¿Qué tienes que no lo hayas recibido? y si lo recibiste, ¿de qué te glorias como si fuera cosecha tuya? ¿será por ventura menester dar tormento á nuestra razon para descubrir dentro de nosotros mil motivos para humillarnos? Errores en el entendimiento, pasiones en el corazon, enfermedades en el cuerpo, desvarios en la imaginacion; todo es pobreza, todo es humillacion en el hombre; hasta las prendas mas brillantes que goza están cercadas de sombras. No, no es menester abrir las sepulturas para convencerse cualquiera de que el monarca mas poderoso, y el vasallo mas infeliz, todos son polvo y ceniza: *Quid superbit terra et cinis?* (Eccl. 10.) ¿De qué se ensoberbecerá la ceniza? ¿de qué se engreirá el polvo? Ciertamente nada nos debe humillar tanto como nuestro mismo orgullo. ¡Y será posible, Señor, que todavía me cueste trabajo ser humilde, y serlo á vista de un Dios tan humillado para curar la hinchazon de mi orgullo!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que fuera de los motivos que tenemos para humillarnos, debiéramos ser humildes, aunque no fuera mas que por lo mucho que se gana en el ejercicio de esta importante virtud.

Ninguna hay sin humildad; y todas cuestan poco á una alma verdaderamente humilde. Comunicase á esta, dice el apóstol Santiago (Jacob. 4.), con abundancia la gracia. Y añade el Sabio: *Finis modestiæ, timor Domini, divitiæ, et gloria, et vita.* (Prov. 22.) El que es humilde, teme á Dios; crece en mérito y en gloria; y cuanto mas profundo es el cimiento de la hu-

mildad, mas elevado es el edificio de la perfeccion: *Humiles spiritu salvabit.* (Psalm. 33.) La humildad cristiana es prenda de la salvacion. ¿En quién pondré yo mis benignos ojos, dice Dios por el Profeta; á quién franquearé los tesoros de mi misericordia, sino á un corazon humilde y contrito? *Ad quem respiciam, nisi ad pauperulum, et contritum?* (Isai. 66.)

Bien se puede decir que la humildad desarma la cólera de Dios, que le gana el corazon, y le empeña, por decirlo así, en hacer las mayores maravillas: *Quia respexit humilitatem ancillæ suæ.* La gracia de haber sido elevada á la suprema dignidad de Madre de Dios, no la atribuyó la Santísima Virgen ni á su virginidad, ni á su fervor, ni á todas las demás virtudes que poseia en grado tan eminente, sino precisamente á su humildad: *Quia respexit humilitatem.* Seamos humildes, no salgamos jamás de nuestra nada, y aquel gran Dios, que crió de esta misma nada á todo el universo, se valdrá de nosotros para obrar mil maravillas.

Mira á los apóstoles; pon los ojos en los mayores santos; todos fueron á cual mas humildes. ¡Qué prodigios no obró el portentoso Paula entre los grandes y los pequeños! Fué sin duda el milagro de su siglo; ¿pero habia en el mundo hombre mas humilde? ¡Cuando ha de llegar el tiempo de que tantos y tan visibles ejemplos, tantos y tan poderosos motivos, tantas y tan urgentes razones nos abran finalmente los ojos, sean eficaz medicina á nuestro orgullo, y nos hagan tomar gusto á la humildad!

¡Puedo, Señor, veros á vos tan humilde hasta la muerte, y muerte de cruz! ¡puedo verme á mí mismo tan hinchado de orgullo y de vanidad, y que esto mismo no me sirva para ser humilde! ¡Ah! que bien y fácilmente puedo serlo; mis máximas, mis operaciones, toda mi conducta está gritando lo que soy; pero todo lo espero de vuestra misericordia infinita. Mandaisme que aprenda de vos á ser humilde de corazon; haced que verdaderamente lo sea; con todo el corazon os lo pido: con toda el alma lo deseo.

JACULATORIAS. — ¿Tendré aliento para hablar á mi Dios, á mi Señor, yo que no soy mas que ceniza y polvo? (Genes. 18.)

Pobre soy, enfermo soy; tened misericordia de mí, y sed, Señor, mi salud. (Psalm. 68.)

PROPOSITOS.

1 La humildad sin la humillacion ordinariamente no es mas

que aquel especulativo conocimiento que se tiene del mérito y de la importancia de esta virtud; pero no siempre es la virtud misma. Ninguno es humilde precisamente porque conozca los motivos que tiene para serlo. Las virtudes morales son prácticas. La prueba mas segura, la menos equívoca de la humildad es el deseo de la humillacion. Si esta importantísima virtud consistiera solo en palabras, los cumplimientos menos sinceros acreditarían de humildes á muchos, que se alimentan de orgullo y de vanidad. ¡Cosa estraña! Está uno atestado de nulidades hasta los ojos, tan de bulto, que los mas ciegos las palpan, y no puede tolerar que otros las perciban. Si alguno se las nota, si se las significa, ¡qué odio, qué mortal aversion! Condena él mismo en otros estos propios defectos, y pretende que los demás los disimulen en él porque son suyos. Corrige desde luego un vicio tan comun y tan injusto. Si no tienes virtud para amar la humillacion, ten á lo menos humildad para sufrirla con paciencia; no te disculpes en aquellas ocasiones en que es maltratado el amor propio, y dispone Dios que te ajen la vanidad. Puede ser que te alegres de haber callado; no echés á perder con una especie de silencio seco y desabrido, con una palabrilla picante, con cierta indignacion mal disimulada, que sale demasadamente hácia fuera, no echés á perder el mérito de esa corta humillacion, que es admirable remedio contra las inflamaciones del corazon.

2 No siempre nace del genio ni del mal humor la demasiada delicadeza y el poco sufrimiento de los amos; un secreto orgullo, una soberbia no muy encubierta, suele ser frecuentemente el verdadero principio de tantas prontitudes, de tantas vivezas impacientes. No pueden llevar en paciencia una palabra menos respetuosa, alborotan la casa al mas leve descuido de un criado; dales en rostro la lentitud espaciosa de la familia: si alguno se muestra menos pronto, menos obediente á sus órdenes, se ponen de mal humor. Llama con el nombre que quisieres á esas impacencias, á esos enfados; cúbrelos con la capa que te pareciere; lo cierto es que serías mas sufrido si fueras menos orgulloso. Comienza desde este mismo punto á poner en práctica las reglas siguientes. Primera: Escusa con caridad las faltas de otros, y no permitas que tu familia haga conversacion de ellas. Segunda: Cuando te faltaren en alguna cosa que toque inmediatamente á tu persona, como en ciertas atenciones, en ciertos honores, en cierta distincion que se te debe; cuando se hayan olvidado de prestarte ciertos obsequios ó servicios, no pierdas el mérito de estas humillaciones. La poca memoria de unos criados; la groseria ó la

mala crianza de otros; la poca maña y la ninguna habilidad de aquellos; la malignidad, el perverso corazón de algunos falsos amigos, te ofrecerán mil ocasiones cada día de hacer al Señor estos pequeños sacrificios. Tercera: Dite muchas veces á ti mismo lo que se decía S. Bernardo: *Adoro á un Dios humillado por mí hasta la muerte, y muerte de cruz; ¡y yo no he de ser humilde!*

DIA III.

MARTIROLOGIO.

SAN PANCRACIO, obispo, en Taormina de Sicilia, el cual con la sangre que derramó en su martirio selló el Evangelio de Jesucristo que habia predicado en aquel país, enviado por el apóstol S. Pedro. (Los trabajos apostólicos de este santo mártir le hacen mirar como el apóstol de Sicilia, y su culto establecido desde últimos del siglo I, época de su glorioso martirio, se conserva todavía con suma devoción en muchos pueblos de Italia.)

EL TRÁNSITO DE LOS SANTOS MÁRTIRES EVAGRIO Y BENIGNO, en Tomis de Escitia.

EL MARTIRIO DE LAS SANTAS VIRGENES AGAPE Y CHIONIA, en Tesalónica, en el imperio de Diocleciano, las cuales no queriendo renegar de Jesucristo, primero fueron atormentadas en la prisión, y después las echaron en el fuego, en donde puestas en oración entregaron sus almas al Criador, sin que las llamas las tocasen.

SAN ULPIANO, mártir, en Tiro, el cual en la persecución de Maximiano Galerio, habiéndolo cosido en un saco con un áspid y un perro, lo echaron en el mar. (Aconteció este martirio por los años 304, y escribió de él Eusebio en el libro de los mártires de la Palestina, diciendo que primeramente fué azotado y después atormentado en el potro antes de ser cosido en un cuero de buey en forma de saco.)

SAN NICETAS, abad, en el monasterio de Meditio (ó Medicion) en el Oriente, quien en tiempo del emperador Leon Armenio padeció mucho por defender el culto de las santas imágenes.

SAN RICARDO, obispo de Cicestré, en Inglaterra, esclarecido en santidad y milagros.

SANTA BURGUNDOFORA, abadesa y virgen, también en Inglaterra.

SANTA MARÍA EGIPCÍACA, LA PENITENTE.

EL año 421, imperando Teodosio el menor, sucedió la preciosa muerte de Sta. María Egipcíaca, cuya penitencia y demás admirables virtudes quiso el Señor descubrir al mundo por medio de S. Zósimo, como en otro tiempo se valió de S. Antonio



STA. MARIA EGIPCÍACA.